

VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

HOJA 35

EVANGELIO DE LA SEMANA

Marcos 4, 35-40

Un día, al atardecer, dijo Jesús a sus discípulos: Vamos a la otra orilla. Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó un fuerte huracán, y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua.

El estaba a popa, dormido sobre un almohadón. Lo despertaron, diciéndole: «Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?» Se puso en pie, increpó al viento y dijo al lago: «¡Silencio, cállate!» El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: - «¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?» Se quedaron espantados y se decían unos a otros: «¿Pero quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!»

Esta semana: MISIÓN: El laico, vocación específica.
VERDADES ESENCIALES DE LA FE: Creo en el
perdón de los pecados.

EL LAICO, VOCACIÓN ESPECÍFICA

Los fieles laicos son los cristianos que están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el pueblo de Dios. Ellos realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo". El rol de los laicos **fundamentalmente es** el de vivir de manera responsable el compromiso cristiano".



Pero es fundamental que los laicos cristianos estén convencidos y vivan su actuación en el mundo como portadores y transmisores del mensaje de Jesús, es decir una verdadera vocación misionera.

En consecuencia el primer desafío que se le plantea a los laicos es el actuar en su propia familia, en la comunidad parroquial y en sus trabajos y relaciones en el mundo con autenticidad y profundidad cristiana.

Después de eso actuar, siempre, de acuerdo al Evangelio, perdonando, pidiendo perdón cuando sea necesario, ofreciendo ayuda, colaborando y estimulando lo positivo y constructivo; en definitiva amando al prójimo como a uno mismo. En resumen, siendo testigos ante el mundo con su conducta del mensaje que han recibido de Jesús.

Después de esa tarea fundamental que atañe a su propia vida familiar, profesional y de relación, los laicos "han de ser parte activa y creativa en:

a) la elaboración de proyectos pastorales a favor de la comunidad". Los laicos pueden y deben participar verdaderamente en la gestación de los proyectos pastorales de la Iglesia, quienes por su bautismo y su confirmación, son discípulos y misioneros de Jesucristo.

b) Participando en los consejos parroquiales y en las actividades parroquiales de catequesis, formación, grupos juveniles, de mayores, de atención a enfermos y a personas necesitadas.

c) La participación insustituible en la promoción de la dignidad humana en los asuntos sociales y de la vida pública.

d) Actuando como testigo y transmisor del mensaje de Jesús, en la familia.

e) Enorme importancia tiene la actuación profesional, esencialmente como referentes de honestidad, trabajo y responsabilidad.

f) También hay un rol de gran trascendencia en las relaciones de amistad de todo tipo, donde el ejemplo y el testimonio son esenciales, ante la mirada de los demás.

g) Por último, la necesidad de una formación permanente, enriqueciéndose en conocimientos sobre la Iglesia y los problemas actuales de la comunidad y favoreciendo el crecimiento de la espiritualidad y la oración.

CREO EN EL PERDÓN DE LOS PECADOS

El Credo relaciona “el perdón de los pecados” con la profesión de fe en el Espíritu Santo. En efecto, Cristo resucitado confió a los apóstoles el poder de perdonar los pecados cuando les dio el Espíritu Santo.

El Bautismo es el primero y principal sacramento para el perdón de los pecados: nos une a Cristo muerto y resucitado y nos da el Espíritu Santo.

En la remisión de los pecados, los sacerdotes y los sacramentos son meros instrumentos de los que quiere servirse nuestro Señor Jesucristo, único autor y dispensador de nuestra salvación, para borrar nuestras iniquidades y darnos su gracia.

El pecado es un misterio difícil de comprender, pero es una realidad innegable. Cuanto mejor se conoce a Dios, tanto mejor sabemos que somos pecadores. Los santos se han reconocido siempre como grandes pecadores. Si examinamos nuestro corazón, a veces advertimos:

“El bien que quiero hacer no lo hago; el mal que no quiero hacer, eso es lo que hago” (Rom 7,19). Nos damos cuenta de que de algún modo no coincidimos con nosotros mismos, vivimos a veces en un cierto desgarramiento.

El hombre por el pecado, como en un gesto de rivalidad, rechaza el amor de Dios. Pecar es decir “no” al amor de Dios y de sus mandatos. Es carecer de confianza en Dios buscando la felicidad en otra dirección.



En nuestra sociedad se da una cierta pérdida del sentido del pecado.

La Iglesia, como madre y maestra, está llamada a educar en este sentido.

- Es necesaria una tarea educativa en la que nos ayudemos a reconocer los propios fallos, aceptar la limitación y la fragilidad.
- Este reconocimiento lo debemos enraizar en una justa comprensión del pecado en su dimensión personal, social y religiosa, como falta contra el amor a Dios y a los hermanos.
- Tenemos que aprender y enseñar a pedir perdón, a agradecer el perdón y a vivir la alegría de sentirse perdonado, reconciliado.

Contemplando la pasión de Jesús se puede entrever la profundidad del pecado, no se puede minimizar su importancia; reconociendo que hay pecados leves y graves; es siempre un mal para el hombre y una herida para Dios.

Pero podemos volver confiados a él, en el sacramento de la reconciliación Dios Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, por el ministerio de la Iglesia, perdona al cristiano los pecados.

La interminable procesión de los perdonados proclama gozosa a lo largo de los siglos la “feliz culpa”: el rey David, la pecadora arrepentida, Zaqueo, el “buen ladrón”, Pedro, Agustín...

El camino del perdón es el camino de la auténtica alegría para el hombre, el camino de su liberación (Cf. CIC 1846 – 1876).

ORACIÓN

Tú has tenido misericordia conmigo. Tu gracia, Señor, me colmó de fe y de amor cristiano. Cristo Jesús, viniste al mundo para salvar a los pecadores. Tal vez por esto he obtenido yo misericordia, para que tú demostraras en mí tu generosidad para ejemplo de los que, por creer en ti, conseguirán la vida eterna. A ti, rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por siglos de siglos. Amén.